



Consagrado nuevamente su éxito por los lectores de habla hispana, Ediciones Infinito transmite en esta décima edición este "Mensaje a los Estudiantes de Arquitectura" dirigido por Le Corbusier.

Siendo innecesaria toda presentación de la personalidad y obra del autor, puede afirmarse que el amplio espíritu didáctico del gran maestro desaparecido se vuelca aquí con todo su ímpetu polémico y renovador, tal como lo expresan las palabras con que, a manera de prefacio, inicia esta obra: "Hoy me dirijo a ustedes, a pedido de algunos de vuestros compañeros, a fin de romper la barrera de las edades y entrar en contacto amistoso y, también, con el propósito de disipar demasiados malentendidos sustentados por las personas interesadas en nuestro desacuerdo; dejando a un lado la maldad, consideraremos que nos anima la misma fe en la construcción: vosotros con vuestra sed de aprender, yo con un ardor igualmente grande, apoyado en una experiencia de cuarenta años y predispuesto más que nunca a los descubrimientos"

Este libro discurre sobre el clima, el sitio, la escala, el sentido de "recorrido", la vivienda, logrando finalmente una definición de la arquitectura: "La buena arquitectura —nos dice— se camina y se recorre, tanto adentro como afuera... es la arquitectura viva."

Completa el presente volumen, su ensayo: "Si tuviese que enseñarles arquitectura" que se ha convertido, en material insustituible para todo interesado en el aprendizaje del diseño arquitectónico.



Ediciones Infinito

Emilio Lamarca 387 / (1640) Martínez / Buenos Aires / Argentina
e-mail: info@edicionessinfinito.com http://www.edicionessinfinito.com

Mensaje a los Estudiantes de Arquitectura

Le Corbusier

Le Corbusier

Mensaje a los Estudiantes de Arquitectura



Ediciones Infinito / Buenos Aires

Mensaje a los Estudiantes de Arquitectura

Le Corbusier

Biblioteca de Arquitectura
dirigida por el arquitecto C. A. Méndez Mosquera

Título de la edición original:
Entretien avec les étudiants des Ecoles d'Architecture
Publicado por Les Editions de Minuit, París, 1957
Primera edición en castellano: 1959
Décima edición en castellano: 2001

Versión castellana: Nina de Kalada
Diseño Gráfico: Carlos A. Méndez Mosquera
Impreso en Verlap S. A.
Películas y fotogramas realizados por Visiongraf

© de todas las ediciones en castellano
Ediciones Infinito
Emilio Lamarca 387 (1640) Martínez,
Provincia de Buenos Aires, Argentina.
email: info@edicionesinfinito.com
<http://www.edicionesinfinito.com>

ISBN 987-96370-3-8
Hecho el depósito que marca la ley 11723
Impreso en Argentina, Printed in Argentina, 2001.

La reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma que sea, por cualquier medio, sea éste electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Le Corbusier

**Mensaje a los Estudiantes
de Arquitectura**



Ediciones Infinito Buenos Aires

Desearía llevar al examen de conciencia y al arrepentimiento a quienes con toda la ferocidad de su odio, de su pánico, de su indigencia de espíritu y de su falta de vitalidad, se empeñan, con un empecinamiento nefasto, en destruir o combatir lo más hermoso que existe en este país, Francia, y en esta época: la invención, el coraje y el genio creador tan particularmente ligado a los elementos de la construcción, a esos elementos donde coexisten la razón y la poesía, donde se alían la sabiduría y la empresa. Cuando las catedrales eran blancas, Europa ya había organizado los oficios a requerimiento imperativo de las técnicas...

LE CORBUSIER: "Cuando las catedrales eran blancas".

Se convirtieron en mis enemigos personales: corruptores, ensombrecedores, debilitadores, retrógrados, despaciosos y bromistas. Me opongo a todo aquello que disminuye al hombre, todo aquello que tiende a volverlo menos prudente, menos confiado o menos dispuesto, pues no acepto que la prudencia se acompañe siempre de lentitud y desconfianza. Por ello es que a menudo creo que hay más prudencia en el niño que en el anciano.

ANDRÉ GIDE: "Les Nouvelles Nourritures".

La palabra de hoy

Fue durante la ocupación. En Francia, la arquitectura moderna había sido denunciada, portadora de un mal espíritu, como responsable de una parte del desorden: ella había engañado a la tradición abriendo horizontes nefastos. Por otra parte, la acusación provenía tanto de las autoridades nazis como de las autoridades moscovitas. Durante esos años difíciles, yo había publicado: "Sur les quatre routes", "Destins de Paris", "La Maison des Hommes",* con François de Pierre-feu, "La Charte d'Athènes",** con un discurso preliminar de Jean Giraudoux. A continuación, fundé la Asamblea de Constructores para una Renovación de la Arquitectura. Esta era una asociación abierta a todas las disciplinas: constructores, sociólogos, economistas, biólogos, etc. Cada una de las once comisiones se reunían quincenalmente: en total, veintidós comités por mes, para estudiar el "Dominio Construido". Yo presidía estos comités tratando de mantenerlos sobre líneas de investigaciones contiguas. Toda idea desprovista de dinero y de vanidad puede abrirse camino, diseñar su propia trayectoria. Toda vez que fue posible se prepararon y editaron diversas publicaciones: "Les trois établissements humains", "Manière

* Existe versión castellana: "La vivienda del Hombre". Madrid, 1945.

** Existe versión castellana: "La Carta de Atenas", Editorial Contemporánea, Buenos Aires, 1950.

nes juntas, el programa mismo de nuestras producciones. Este tema sirvió de preámbulo a los trabajos del Vº Congreso C.I.A.M. de París, 1937, "Logis et Loisirs". Juzgamos indispensable hacer figurar, a la cabeza de los trabajos de este Congreso, el hecho capital, eminente, del momento actual: *la sociedad moderna, después de los cien primeros años de conquista, de debates, de desorden, llegó a la conclusión que fija definitivamente el carácter de una civilización: la constitución de una vivienda nueva. "Es a causa de la creación de una vivienda nueva que la segunda era de la civilización maquinista entra en un período universal de construcción."* Obra eficaz, optimista, humana, portadora de "alegrías esenciales". Esta nueva obra desborda de cuestiones técnicas (racionalismo y funcionalismo). Ella es la manifestación pura, esencial y fundamental de una nueva conciencia. "Sólo desde el punto de vista de una nueva conciencia podemos encarar en adelante los problemas de la arquitectura y del urbanismo. Una nueva sociedad crea su hogar, ese receptáculo de la vida. El hombre y su albergue. Equipamiento de países, ciudades y campiñas".⁶ Francia vive enclaustrada en sus clanes, cada uno de ellos consagrado a pasiones egoístas. Así, en nuestro dominio de la arquitectura, un autor entusiasta pudo tomar parte, recientemente, en una revista profesional tan ingenuamente informada como él mismo, de un gran descubrimiento que sobrevino en ese año de desgracia de 1942: el *domismo*, ciencia arquitectónica de la vivienda; él mostraba, así, que no nos conocíamos, y qué mal nos conocíamos, separados por desconfianzas, aun por fantasmas, alimentados y mantenidos por algunos que les consideraban interesantes. La Bella Durmiente del Bosque se despertaba, la Escuela de Bellas Artes, abandonando sus palacios de Roma (Roma, sí, ¿por qué

22

Roma? pregunta que siempre ha quedado sin respuesta), dirigiendo sus pasos hacia la Casa de los Hombres. Vivienda o "Domismo" llevan al hombre al escenario: un hombre corriente, natural y razonable. Un ser actual. Y, en el juego, la arquitectura será su pareja. Veamos la escena, ocupada aquí por diversos protagonistas.

Marie Dormoy, muy amable y aparentemente sin ningún partido, los ha lanzado el uno contra el otro en su libro "L'Architecture Française". Podíamos lanzar a las arenas lo "académico" contra lo "moderno" (para emplear bajo beneficio de inventario, este último vocablo); pero es lamentable dividir lo moderno en dos campos adversos, de los cuales uno proclama: *Primero construir* y el otro: *la Arquitectura es el juego sabio, correcto y magnífico de los volúmenes agrupados bajo la luz*. En la presente revolución maquinista, el cálculo y las técnicas, que son medios de adelanto, han precedido toda conclusión que, algún día, sólo pudiera ser una proposición renovadora de un tren de vida perturbado. Esta proposición sólo puede tomar cuerpo después de una revolución constructiva exitosa que trajera consigo los medios de liberación. Sucesión natural de acontecimientos, cronología, desgraciadamente transformada en querrela. ¿Por quién están dirigidos los clanes aquí opuestos? Por una parte, por un arquitecto-constructor de valor excepcional, perteneciente a una línea de constructores-empresarios. Un temperamento tan netamente determinado, se consagra, hacia 1900, al problema del hormigón que él introducirá válidamente en la arquitectura. Una vida de lucha, contra una raza profesionalmente erizada (sus colegas diplomados), una vida de valentía, de pureza profesional consagrada a hacer ingresar en la arquitectura los materiales reprobados, odiados, desterrados por el aca-

23

de penser l'Urbanisme", ° etc. . . . Cierta día, algunos jóvenes de la Escuela de Bellas Artes de París me pidieron que instalara un taller libre. Rechacé el ofrecimiento. "Entonces, diríjanos un mensaje." Resultado: un pequeño libro amablemente cuidado para complacer a los jóvenes. Se agotó y desapareció de las librerías. Han transcurrido muchos años. . . . Nuevamente, y con mayor insistencia, los alumnos de Bellas Artes me reclaman un taller Le Corbusier. —Gracias, queridos amigos, pero mi respuesta es negativa.— ¿Enseñar qué? ¿La filosofía de la vida? ¿La filosofía de un hombre de setenta años? En 1927, se estableció una espontánea "enseñanza Corbu" con la aparición de la "Obra Completa de L. C.", editada en Zurich por Willy Boesiger. Este muchacho extraordinario era un joven arquitecto; ya han pasado treinta años sobre sus cabellos (y sobre los míos). Yo había fijado una línea de conducta: ningún homenaje, ninguna exposición literaria; por el contrario, una documentación impecable, todos los planos, todos los cortes, todas las alturas proporcionando la biología y la anatomía rigurosa de las obras consideradas. Textos explicativos, leyendas detalladas, las acotaciones necesarias, etc. . . . Boesiger ha hecho de la "Obra Completa" una manifestación moderna de la enseñanza. Al menos, esa es *mi* manifestación de la enseñanza. Queridos y jóvenes amigos, así es como he respondido a vuestro pedido. ¿O aún desearíais convertirme en pontífice? En ella tenéis la palabra de hoy tan fielmente como la vida ligada a mi cuerpo. ¡Cuando ella me abandone, y bien! . . .

París, 6 de setiembre 1957

Le Corbusier

* "Manière de penser l'Urbanisme". Versión castellana con el título "Cómo concebir el Urbanismo", por Ediciones Infinito, Buenos Aires, 1967.

A los estudiantes de las escuelas de arquitectura

Hoy me dirijo a ustedes, a pedido de algunos de vuestros camaradas, a fin de romper la barrera de las edades, entrar en contacto amistoso, y también a fin de disipar demasiados malentendidos sustentados por las personas interesadas en nuestro desacuerdo; haciendo a un lado la maldad, consideraremos que nos anima la misma fe en la construcción: vosotros con vuestra sed de aprender, yo con un ardor igualmente grande, apoyado sobre una experiencia de cuarenta años disponiéndome más que nunca a los descubrimientos.

El desorden

¿Dónde está la arquitectura? En ninguna época una sociedad se halló tan desamparada como la nuestra por haber perdido e interrumpido el contacto entre su marcha material y los elementos naturales de su conducta espiritual. Interrupción de contacto entre fines y medios, ausencia de línea de conducta. En el dominio construido, la incoherencia ha llegado al máximo, un estado de espíritu bizantino privando de fines prudentes a los medios más prodigiosos de realización de los cuales jamás haya podido disponer una civilización. En la hora de su mayor poderío material, he aquí al hombre privado de panoramas. Faro de la civilización blanca, Francia es el teatro de ese desorden. Las tareas que exige nuestra sociedad maquinista son inmensas, tanto en nuestro país como en el mundo entero. Debemos reconstruir las viviendas saqueadas por la guerra, pero esto es insignificante; ¿acaso desde hace muchísimo tiempo el país no debería construirse, reconstruirse, reconstituirse como se reconstituyen las células en un tejido o las familias en los hogares, por el nacimiento de nuevas generaciones, realizando así el juego eterno de la vida? ¡Mas ay!, nos habíamos dormido profundamente y el polvo cubría el país. Sé que es el polvo hermoso, agradable y halagador de la más brillante de las historias, el polvo de una nación que

fuera excepcionalmente vivaz, alerta, emprendedora, valiente, temeraria, feliz, optimista, vibrante de canciones, de clarines, deslumbrante de vestiduras de un arte surgente en todas las cosas, y considerada desde hace muchísimo tiempo como maestra para todas las demás. Mas ese polvo que dibuja en torno a nuestras conciencias un halo halagador no era más que la lumbre aún perceptible de un fuego apagado desde hace mucho tiempo. Dormíamos cuando era necesario construir pieza por pieza esa nueva civilización aparecida desde hace cien años con la primera locomotora. Sin embargo, hubo quienes se inquietaron, tanto aquí, y si no más claramente, como en otros países; no han faltado profetas que durante el siglo XIX y la primera mitad de este siglo XX han reflexionado, descubierto, anunciado, proclamado... Y por ello han sido culpados, envilecidos, rechazados. Se los consideraba perturbadores: eran sabios, sociólogos, artistas. Exteriormente —en el universo— eran paralelamente las conquistas y los estragos de una revolución técnica de la cual surgiría, en la hora fatídica, la conclusión filosófica: *esta revolución de conciencia que nos aguarda*. Ahora bien, la técnica y la conciencia son dos palancas de la arquitectura sobre las cuales se apoya el arte de construir. Vemos fisurarse, y hasta hundirse, valores seculares, milenarios. Las velocidades mecánicas difunden hacia todos los puntos de nuestro territorio una nueva información. Las relaciones naturales fueron violadas, y el hombre, en cierta forma desnaturalizado, abandona sus caminos tradicionales, pierde pie, acumula a su alrededor todos los horrores, frutos del desorden: su vivienda, su calle, sus suburbios, sus campos. Un dominio recién construido e invasor, inmundo, ridículo, sinvergüenza, malvado y feo, manchando paisajes, pueblos y corazones. Todo se ha cumplido, llegando a los límites de

14

la peor catástrofe consumada. El hombre, en estos cien años de sublimes e innobles confusiones, ha sembrado el suelo con los detritos de su acción. La arquitectura muere, nace otra. En adelante, deberíamos tratar de ver más claro en su interior. Sólo los jóvenes son todavía bastante libres y desinteresados para poder constituir la fuerza reunida en torno a esta renaciente arquitectura. Los mayores se han comprometido en el juego antiguo, teniendo intereses y habiendo contraído hábitos; el gusto y la época de la aventura han pasado para ellos. Se vuelve una página; esta página que se vuelve son ustedes, jóvenes de esta época inaudita que cubrís la hoja blanca con una flora de grandeza y de intimidad.

Las enseñanzas impartidas hasta ahora en el país no os han invitado a consagraros a esta creación, es decir, a ese esfuerzo incansable impuesto a vosotros mismos. No han dejado de invitaros a dar el paso contrario. Ved lo que ocurría antes de 1914: habían estrangulado el “estilo moderno”. Sin embargo, cuántas personas valientes, durante toda una generación, se dedicaron a él con toda su alma. Y al llegar la próxima etapa, la reconstrucción de las regiones liberadas de la guerra de 1914-1918, vimos a dónde nos había conducido el espíritu de negación: una de las empresas más gigantescas de Francia no pudo, ni siquiera, agregar a su balance la cifra cero. Esta ocasión total, sólo fue la oportunidad inesperada de un vil dinero. El fortalecimiento del espíritu académico sería llevado al máximo en una circunstancia excepcional, la elaboración de los planos para el Palacio de las Naciones en Ginebra en 1927. Se trataba nada menos que de instaurar la arquitectura de la época, fijar su dirección, optando entre dos tendencias de la vida. El interés es enorme, la afluencia muy

15

significativa. Trescientos setenta y siete proyectos llegaron a Ginebra, lo cual equivaldría a 14 kilómetros de planos si se los extendiera de extremo a extremo. El academismo había afilado sus armas: vigila, acciona, salta, muerde y mata... Aquello que hubiera ayudado a abrir lealmente la puerta ante un nuevo acto de la vida de las sociedades, acto que algún día habrá de representarse, uno de vuestros maestros¹ —hábil en este tipo de operaciones— lo convirtió en una comedia cínica, un hábil juego de manos, escapando a la justicia penal, pero no así a los veredictos del tiempo. La maniobra dio resultado y, al día siguiente, el beneficiario de esta emboscada proclamaba: “Me alegro por el arte limitado: *el equipo francés tenía como objetivo, al incorporarse a las filas, mantener en jaque a la barbarie*. Llamamos barbarie a cierta arquitectura o, para ser más exactos, a cierta anti-arquitectura que había hecho furor hace algunos años en Europa Occidental y Septentrional, no menos espantosa que este estilo ‘golpe de látigo’ que felizmente hemos derribado hace veinte años. Ella niega todas las bellas épocas de la historia, insulta el sentido común y el buen gusto. Tiene sus secretos, todo está bien...” El equipo francés presentado se componía de M. Nénot, miembro del Instituto, asociado por las circunstancias a M. Flegenheimer, arquitecto de Ginebra, Suiza. El hombre que sustentaba el juicio, aquí reproducido tan presuntuosamente, antaño había sido el constructor de la Sorbona, y además uno de los responsables del monumento de Víctor-Manuel de Roma, la inenarrable masa de mármol blanco plantada en el corazón de la Ciudad Eterna y que es como el más doloroso e insoportable tizón para el ojo del visitante. La “anti-arquitectura” evocada no es de Europa Oriental, sino de la misma Francia, nacida

16

regularmente de la búsqueda perseverante de los constructores de los siglos XIX y XX, haciendo uso de un sinnúmero de cálculos, materiales nuevos, acero, hormigón armado y vidrio, y de una estética que reflejaba las grandes corrientes en la gestación de esta época: los Labrousse, Eiffel, Séjourné, de Baudot, Tony Garnier, Auguste Perret. Arquitectura conquistadora que, sólo después de la Gran Guerra, comenzó a resplandecer sobre el Norte y el Este europeos. Bien podéis observar que se planteó la cuestión de la tendencia, que un regreso a las fórmulas muertas era premeditado, y que se descargó un violento golpe de barra. Felizmente, la vida es fuerte. El Palacio fue construido por la academia, pero ésta, para responder a las exigencias materiales del programa, debió plagiar y robar al adversario.² De estos hechos escandalosos nacieron los “Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna”, en la Asamblea de La Sarraz, en junio de 1928,³ élite de los arquitectos y urbanistas del mundo entero, proclamando las empresas de hoy, formando una unidad acerca de las grandes reglas humanas del arte de edificar y del urbanismo. A excepción de Francia, los demás países se enriquecieron espontáneamente con la sustancia de los C.I.A.M., confiando a algunos de ellos grandes responsabilidades: Holanda, Bélgica, Suecia, Finlandia, España, Brasil, Estados Unidos, Suiza y muchos otros países. El grupo C.I.A.M. de Francia no cesó de proponer su colaboración al país —pero sin ningún éxito— y muy particularmente en ocasión de la Exposición de 1937. El mismo se manifestó ultrajado por la publicación de la “Charte d’Athènes”, carta del urbanismo de los C.I.A.M., precedida por un discurso preliminar de Jean Giraudoux, ese poeta y ese pensador de Francia que en “Pleins Pouvoirs”, exhortó a su país en 1939 a unirse alrededor de

17

una noción elevada: espíritu de grandeza y esplendor de la imaginación. Francia, laboratorio de ideas, se entretiene, desde hace un tiempo, en destruir, despreciar, ignorar, rechazar y desalentar a sus inventores. Coquetería peligrosa, ya lo hemos visto al comentar los acontecimientos recientes. Tierra de grandes constructores, asiento de las tradiciones del dominio construido, la hallamos, en la actualidad, en el punto más bajo de su reflujo (de su rechazo). Patria del arco ojival y de las catedrales, de las grandes construcciones de acero y del vidrio del siglo XIX, patria también del cemento armado, le corresponde naturalmente reunir por fin a los jóvenes, y confiando en el cemento armado, de alentarlos en la empresa y en el amor al riesgo, haciendo que participéis en esta obra adorable: dotar la civilización actual de una vivienda digna. Desearía demostraros aquí y haceros admitir que se trata, en efecto, hoy y urgentemente, de construir en toda la tierra francesa viviendas dignas de los hombres, de las cosas, de las instituciones, de las ideas. Así, habrá terminado el desorden.



Construir viviendas

Ocupación lícita de toda sociedad que se instala, de toda civilización que aparece. Primero, proporcionar alojamiento a los hombres, colocarlos al abrigo de la intemperie y de los ladrones, pero sobre todo, disponer a su alrededor de la paz de un hogar, hacer todo lo necesario para que la existencia desarrolle sus horas en armonía, sin una transgresión peligrosa de las leyes de la naturaleza. Y no esa vivienda tolerada bajo la forma actual que es la marca mal tallada entre las fuerzas desencadenadas por el dinero: el beneficio, la competencia, la precipitación, todas esas cosas que, habiendo disminuido al hombre de su realeza y abrumado de servilismos, le han hecho olvidar su derecho fundamental a una vida decente. Vosotros sabéis que en la Escuela de Bellas Artes de París, uno de los más grandes centros de enseñanza de arquitectura, la vivienda no ha figurado jamás en los programas. No se ha consagrado ninguna atención a lo que constituye la vida de todos los seres: lo cotidiano, esos momentos y esas horas pasadas día tras día, desde la infancia hasta la muerte, en esas habitaciones, sitios cuadrados y simples que pueden ser emocionantes, constituyendo, en realidad, el teatro primordial donde actúa nuestra sensibilidad, desde el momento mismo en que abrimos nuestros ojos a la vida. En 1920,

20

cuando habíamos creado “l’Esprit Nouveau”,⁴ yo había otorgado a *la casa* su importancia fundamental, calificándola de “máquina de vivir”, y reclamando así de ella la respuesta total e impecable a una pregunta bien formulada. Programa exclusivamente humano, reubicando al hombre en el centro de la preocupación arquitectónica. No me han perdonado mi calificativo, ni en París ni en los Estados Unidos, aun en los Estados Unidos donde la máquina reina. “Máquina” aparece en los diccionarios como proveniente del latín y del griego, con un significado de *arte y astucia*: “aparato combinado para producir ciertos efectos”. La palabra *astucia* nos introduce singularmente en el problema, que es apropiarse de la contingencia —de esa precariedad móvil— para constituir el cuadro necesario y suficiente de una vida que tenemos el poder de aclarar elevándonos por encima de la tierra, mediante los dispositivos del arte, atención dedicada a la felicidad de los hombres. He perseverado, multiplicando las ocasiones de profundizar, por mí mismo, como por otros, ese debate capital. Hice planes, preparé conferencias, libros. En veinte libros y en tres revistas⁵ siempre situé la vivienda en el centro de las preocupaciones arquitectónicas y urbanísticas. Actitud muy revolucionaria.

También fui atacado simultáneamente por la derecha y por la izquierda y, además, el academismo me consagró a las gemonías. En 1935 aparecía “La Ville Radieuse”. La palabra “radiante” no figuraba allí fortuitamente; ella ha desbordado lo funcional situándose junto a la conciencia. Ya que en toda esta cuestión (los acontecimientos que vivimos), la conciencia está en juego, descollando sobre lo económico y lo técnico, y es la única capaz de constituir, a fin de cuentas, por reivindicacio-

21

demismo. Tiene éxito. Triunfa. En vida y en sus días de ancianidad es homenajeado: ha impuesto respeto a todos. Su esfuerzo fue realizado en este sentido y no en otro. Vosotros ya habréis reconocido a nuestro héroe: Auguste Perret⁷. El otro hombre, es vuestro servidor. El arte de construir reclamaba, entre otros cuidados múltiples, el inclinarse sobre el “hermano hombre” tan maltratado y proponer para su utilización la vivienda que hemos comentado. De ahí en adelante, un ciclo de nuevas preocupaciones. El urbanismo es el que se apoya sobre los fundamentos de una revolución arquitectónica ya realizada, a causa de la cual los inventores podrán “regatear” sin peligro, en su ocasión, de estética o de práctica. El urbanismo, personaje nuevo, singularmente inquietante. A decir verdad, perteneciendo a esta “ciencia del hombre” que debemos llamar en auxilio en la hora de una de las más gigantescas mutaciones de la historia. Urbanismo profundamente tradicionalista, si se desea admitir esta verdad de que la tradición es la cadena ininterrumpida de todas las innovaciones y, por ello, el testigo más seguro de la proyección hacia el porvenir. La tradición se representa con una flecha dirigida hacia adelante y de manera alguna hacia el pasado.

Transmitir, tal es el sentido verdadero de la palabra, la realidad de la noción. El urbanismo surgió así una vez más desde lo profundo de las edades, teniendo como misión colocar una civilización “en sus muebles”. Sin haber querido oponerme jamás a Auguste Perret, sino al contrario, beneficiándome con sus esfuerzos, me he inclinado muy particularmente sobre el problema: *vivienda-urbanismo*, binomio indisoluble. Lo he explorado según una regla adquirida fuera de las escuelas: *de adentro hacia afuera*, regla que me parece ser ley de la natura-

24

leza al igual que de la arquitectura. Ilustremos: El hombre (ese hombre que siempre está delante de mí, con sus dimensiones, sus sentidos y su afectividad) está sentado junto a su mesa; sus ojos se posan sobre los objetos que lo rodean: muebles, alfombras, cortinas, cuadros o fotografías y muchos otros objetos a los cuales asigna importancia. Una lámpara lo alumbra o el sol que penetra por la ventana, separando la sombra de la luz, oponiendo estos dos pesados extremos de reacción sobre lo físico y lo psíquico: lo claro y lo oscuro. Las paredes de una habitación se ciernen sobre él y sobre sus arreglos. Nuestro hombre se pone de pie, camina, abandona la habitación, pasa a otro sitio, a cualquier sitio. Helo aquí abriendo la puerta de la vivienda, saliendo de su casa. Aún está en su casa: un corredor, escaleras, un ascensor. . . Helo aquí en la calle. ¿Cómo es este exterior? ¿Hostil o acogedor? ¿Seguro o peligroso? El hombre está en las calles de la ciudad y helo aquí, después de ciertos actos sucesivos, fuera de la ciudad, en el campo. La arquitectura no lo ha abandonado ni un instante: muebles, habitación, luz solar o artificial, respiración y temperatura, disposición y servicios de su vivienda, la vivienda, la calle; el sitio urbano; la ciudad: la palpación de la ciudad; el campo, sus caminos, sus puentes, sus casas, verde y cielo, naturaleza. La arquitectura y el urbanismo han reaccionado verdaderamente sobre todos sus gestos. Arquitectura es todo: su silla y su mesa, sus muros y sus habitaciones, su escalera o su ascensor, su calle, su ciudad. Encantamiento o banalidad, o tedio. Horror aun posible en estas cosas. Belleza o fealdad. Felicidad o desgracia. Urbanismo en todo, desde que se levanta de su silla: sitio de su vivienda, sitio de su barrio; el espectáculo de las ventanas adornadas para los ediles; la vida de la calle, el dibujo de la ciudad. Vos-

25

otros sabéis bien que no hay un instante en que la vigilancia, la ternura hayan faltado. Vosotros discernís bien esta vocación fraternal de la arquitectura y del urbanismo al servicio de nuestro *hermano-hombre*. Necesidades materiales, apetitos espirituales, todo puede ser colmado por esta arquitectura y este urbanismo amables. Vosotros experimentáis la unidad de funciones, la totalidad de responsabilidades, la grandeza de la misión arquitectura y urbanismo. Pero muchos no han calculado que aquí se trata, en efecto, de una *atención fraternal* prestada al prójimo. Que la arquitectura es una misión que reclama vocación a sus servidores. Que, consagrada al bien de la vivienda (y la vivienda albergando después a los hombres, el trabajo, los objetos, las instituciones, los pensamientos), la arquitectura es un acto de amor y no una puesta en escena. Que entregarse a la arquitectura, en estos tiempos de transición de una civilización destronada a una civilización nueva, es como ingresar en la religión, es crear, es consagrarse, es entregarse. Y que un retorno justo a la arquitectura, traerá a quienes le han consagrado todo su favor, cierto orden de felicidad, esa suerte de ansia proveniente de las angustias propias de la gestación de una idea, seguida de su radiante nacimiento. Poder de la invención, de la creación que permite entregar lo más puro de sí mismos para brindar la felicidad al prójimo, la felicidad cotidiana en la vivienda.

La arquitectura

Descaría tratar de colocar ante vuestros ojos, a vosotros a quienes se les ha impuesto el estudio del Vignola y de los “tres órdenes de la arquitectura”, el verdadero rostro de la arquitectura. El está diseñado por los valores espirituales provenientes de un especial estado de conciencia, y por factores técnicos que aseguran la materialización de la idea, la resistencia de la obra, su eficacia, su duración. Conciencia = razón de vivir = el hombre. Técnica = contacto del hombre con su ambiente. Producto del estudio: la técnica. La otra, nacida de la pasión, producto de una lucha consigo mismo —Jacob y el ángel. Una virtud personal dada, grande, media o mediocre, según los juegos del destino, que una acción personal, atenta, asidua y maestra puede, a cada minuto de la vida y de la infancia, sublimar, elevar o mejorar, al igual que una falta de atención desenvuelta, perezosa o negligente, podría dejarla declinar en el transcurso de los días y de los acontecimientos de la vida. La técnica es cosa de la razón, también del talento. Pero la conciencia depende del carácter. Aquí, trabajo interior; allí, el ejercicio sabio. Ciencia y apreciación no son otra cosa que cultura. Y siendo numerosos los dominios aquí abrazados, la arquitectura bien puede definirse: cultura general. Lo que significa, por lo menos, que ella desbor-

da de muchos de los feudos del ingeniero. ¿O, queridos amigos, a qué bajo grado de reclutamiento ha decaído la arquitectura? La arquitectura es hoy esa actividad que uno llama arte, colocando allí la palabra para servir de pantalla a las vanidades y a los negocios. ¿Acaso las enseñanzas de las escuelas son capaces de alimentar, por sí mismas, la doble fuente de la creación arquitectónica? No lo creo. Parecería que el corazón ha sido dejado demasiado fuera del circuito. Tratemos, obedientes a las necesidades de la escritura, de alinear una serie de sucesos que, en la realidad, sólo pueden ser sincrónicos.

1

El cielo domina, sobresaliendo sobre todas las cosas, el cielo que es el cielo de un clima. El ángulo de incidencia solar sobre el meridiano impone condiciones fundamentales al comportamiento de los hombres. Tropical húmedo, continental tórrido, zona templada, fría o glacial, tantos otros contrastes diversos imponiendo modalidades particulares a la vida. Considero natural la aspiración del hombre a la luz. En un clima templado, no temería ver afluir rayos de luz y el sol mismo en la vivienda. He remitido en 1942, al Prefecto de Argel, un *plan directeur* de la ciudad y de su región, destinado a orientar, por cincuenta o cien años, el porvenir de la ciudad y de las veinte comunas que la rodean. Mi plan fue el resultado de diez años de estudios incansables; no se componía de páginas inmensas e innumerables, abigarradas como una alfombra marroquí, sino solamente de dos diseños, quince esquemas de formato papel de máquina y un informe de treinta páginas. El conjunto poseía, sin embargo, en una realidad arquitectónica, las condiciones climáticas de Africa del Norte, las condiciones

28

panorámicas del lugar (el mar, el Sahel, los montes de Kabília, Atlas) las condiciones topográficas de la región. Elementos arquitectónicos suficientemente apoyados sobre las realidades de la naturaleza para poder servir de soporte a una legislación. Esta fijaría, entre otras cosas, el *Estatuto de la tierra*, gran gesta revolucionaria que habría que realizar algún día y sin la cual resulta imposible emprender cosa alguna, pero gracias a la cual, en revancha, la casa construida encontrará nuevamente una regla, una forma y una unidad desprovistas de arbitrariedad. En nuestro plan, esta regla se halla en concordancia con el sol-nord-africano, y aunque los elementos arquitectónicos preconizados tuvieran una actitud profundamente nueva por la disposición, la dimensión y el material, su sumisión a la ley solar otorgaría a nuestras proposiciones un parentesco indiscutible con las arquitecturas tradicionales árabes. Ley del suelo, dueña de las primeras disposiciones.

2

El sitio, compuesto de extensión y elevamiento del suelo, napas acuáticas, verdores, de rocas o de cielo, vestidos con sabanas o con cabelleras de vegetación, abierto a las perspectivas, cercado de horizontes, es el pasto ofrecido *por nuestros ojos* a nuestros sentidos, a nuestra sensibilidad, a nuestra inteligencia, a nuestro corazón. El sitio es el plato de la composición arquitectónica. Lo comprendí durante un largo viaje que realicé en 1911, con la mochila en la espalda, de Praga hasta Asia Menor y Grecia. *Descubrí la arquitectura*, instalada *en su sitio*. Y más que eso: la arquitectura expresaba el sitio, —discurso y elocuencia del hombre convertido en señor de los lugares: Partenón, Acrópolis, estuario del Pireo y

29

las islas; pero también, el más pequeño muro cercando ovejas; y nuevamente el muelle arrojado al mar y la cintura del puerto; y además, esos tres dados de piedra, en Delfos, haciendo frente al Parnaso, etc. En Argel, por ejemplo, la reserva arquitectónica que mantiene la altura cuando, desde el borde del mar, uno asciende con tanta rapidez a los doscientos metros, sobre el Fuerte del Emperador: uno ha visto extenderse sucesivamente el plano del mar, al punto de ascender hasta la parte más alta de la meseta; aparecen entonces los montes de Kabilia, después la cadena del Atlas. ¡Qué potencial poético! Todo esto es vuestro, arquitectos, vosotros lo podéis hacer entrar en nuestras casas; limitando vuestras piezas a algunos pocos metros cuadrados de habitación, extenderéis el imperio hasta el fin de estos horizontes descubiertos y que vosotros podéis conquistar. El amo a quien servís con vuestros planos y vuestros cortes posee ojos y, detrás de su espejo, una sensibilidad, una inteligencia, un corazón. Desde el exterior, vuestra obra arquitectónica se unirá al sitio. Pero desde el exterior, lo integrará. Nuestro plan del Palacio de las Naciones, en 1927, era valioso por este tipo de razones. Mientras que la mayoría de las demás composiciones, deseosas de manifestar su majestad, sólo eran fortalezas extranjeras caídas pesadamente sobre bucólicas de lago y de Alpes, colinas bañadas de agua, plantadas con árboles seculares y vestidas con praderas esmaltadas de colores, pude haberles dicho a los responsables de la decisión: "Nuestro palacio se posa sobre el suelo entre los altos montes, en medio del pasto y no molestará a una sola rosa silvestre..." Todas las ventanas se abrían sobre el paisaje. Excelente atmósfera para trabajar para la paz del mundo.

30

3

Una escala se adosa a las empresas, una escala de época, medida del espíritu, medida de los medios técnicos y de los poderes del mandato. Escala de empresas, magistral si se quiere, bajo el empuje de las técnicas cuyo poder comparado con el pasado es casi ilimitado. Son las velocidades mecánicas que reaccionan sobre la dimensión de los objetos a construir. La nueva escala de las empresas modernas quiebra los cuadros estrechos en los cuales se dejó encerrar la sociedad actual. Por un lado, los timoratos; por otro, los audaces. Por ejemplo, y para no salir de Argel, el ingeniero Renaud y el arquitecto Cassan han adoptado, para trazar su estación ferroviaria sintética, marítima y terrestre, la nueva escala de los tiempos modernos dada por nosotros en 1931 a ese primer plan general de urbanización de Argel, tan brutal, tan avasallador, tan nuevo, que habíamos denominado: *plan-obus*. Si examinamos a París, a través de los siglos, también veremos crecer la escala de las empresas no aquí, bajo el empuje de las técnicas nuevas, sino a favor de una organización cada vez más dominante: plazas de Vosgos, Vendôme y Concordia, Explanada de los Inválidos y Campo de Marte. Hoy, la vista de avión pasa un gran golpe de escoba sobre nuestras reticencias, abate nuestras pequeñeces, acusa nuestra impericia.

Sobrevolad las ciudades y ateneos particularmente a la obra del siglo xx: todo es sólo fragmentario, individual, local y sin coherencia. Desánimo del pensamiento que se apodera de muchos de aquellos que se hallan encargados de enunciar, en la actualidad, las reglas de la reconstrucción del país. Dimisión, abdicación que ya tanto

31

nos han abrumado y que aquí nos valdría, de no reaccionar, la pérdida de escala de nuestras empresas.

4

La arquitectura *se camina, se recorre* y no es de manera alguna, como ciertas enseñanzas, esa ilusión totalmente gráfica organizada alrededor de un punto central abstracto que pretende ser hombre, un hombre quimérico munido de un ojo de mosca y cuya visión sería simultáneamente circular. Este hombre no existe, y es por esta confusión que el período clásico estimuló el naufragio de la arquitectura. Nuestro hombre está, por el contrario, munido de dos ojos colocados ante él, a 1,60 metros por encima del suelo y mirando *hacia adelante*. Realidad de nuestra biología, suficiente para condenar tantos planes que ruedan alrededor de un eje abusivo. Munido de sus dos ojos y mirando hacia adelante, nuestro hombre camina, se desplaza, se ocupa de sus quehaceres, registrando así el desarrollo de los hechos arquitectónicos aparecidos uno a continuación del otro. El siente resentimiento por la emoción, fruto de sucesivas conmociones. Tan bien, que durante la prueba las arquitecturas se clasifican en muertas y vivas, según si la regla de *recorrido* haya sido observada o no, o que al contrario ella sea explotada brillantemente.

5

Tratándose de circulación exterior, hemos hablado de vida o de muerte, de vida o de muerte de la sensación arquitectónica, de vida o de muerte de la emoción. Acontecimiento que se vuelve más pertinente aún cuando se

32

trata de circulación *interior*. Se dice, sin ceremonia alguna, que un ser viviente es un tubo digestivo. También, sucintamente, decimos que la arquitectura es circulación interior y no por razones exclusivamente funcionales (sabemos que para responder al rigor de los problemas modernos, la arquitectura de usinas, de locales de administración, de edificios públicos está obligada a alinear en un orden impecable, a lo largo de un cable conductor, la serie regular de diversas funciones), pero muy especialmente por razones de emoción, los diversos aspectos de la obra, la sinfonía que, en realidad, se ejecuta, sólo aprehensibles a medida que nuestros pasos nos llevan, nos sitúan y nos desplazan, ofreciendo a nuestra vista el pasto de los muros o de las perspectivas, lo esperado o lo inesperado de las puertas que descubren el secreto de nuevos espacios, la sucesión de las sombras, penumbras o luces que irradia el sol penetrando por las ventanas o los vanos, la vista de las lejanías edificadas o plantadas, como también la de los primeros planos sabiamente dispuesta. La calidad de la circulación interior será la virtud biológica de la obra, organización del cuerpo construido ligado en verdad a la razón de ser del edificio. La buena arquitectura "se camina" y se "recorre" tanto adentro como afuera. Es la arquitectura viva. La mala arquitectura está coagulada alrededor de un punto fijo, irreal, ficticio, extraño a la ley humana. La pequeña casa de 60 metros cuadrados al borde del lago Lemán, la villa Savoye de Poissy, nuestro proyecto del Palacio de las Naciones, la del Museo situado sobre el muelle de Tokio como la de ese Palacio de los Soviets para el cual fuimos invitados, en 1932, en un concurso internacional restringido, a presentar nuestras ideas, todas estas obras tan diversas están determinadas muy particularmente por una circulación interior implacable-

33

mente ordenada. No obstante, el seguir las disciplinas de tales reglas esenciales no nos valió ni atención ni consideración, y si en Moscú nuestra arquitectura fue calificada de capitalista y medianamente burguesa, en París, ella fue catalogada a menudo de bolchevique.

6

Por otra parte, este palacio de los Soviets hacía un llamamiento a los inventos más atrevidos ofrecidos a la imaginación por las técnicas modernas. Algunas veces, los resultados pueden ser sorprendentes, pero son concluyentes y sería insensato o criminal privarse de ellos bajo el pretexto de las consideraciones debidas a las arquitecturas tradicionales. Así, esta sala de espectáculos y de conciertos con una capacidad de catorce mil personas fue diseñada bajo la forma más pura de un navío, similar a la doble valva de una concha entreabierta, teniendo cada sitio del anfiteatro, y por consiguiente, cada espectador, su equivalente en un elemento del techo encargado de reflejarle las ondas sonoras. Matemática pura, clave de armonía pura. Además, cada punto del anfiteatro debía beneficiarse con una visibilidad total sobre el escenario, como también sobre la masa misma de los espectadores. De ahí que se prohíba todo elemento que se interponga entre el escenario y los espectadores. Por otra parte, el problema imperativo de la acústica no recurría de manera alguna a las leyes de la gravedad, sino reclamaba para sí soluciones más próximas a la biología que a la estática y a la resistencia de los materiales. Es inútil adoptar caminos trillados. Un gran arco parabólico de hormigón armado, de cien metros de altura, lanzado por encima de la orquesta de la sala, apoyado en

34

el exterior sobre el terreno libre; llevaba a los dos tercios de su altura una formidable viga maestra suspendida por tensores. En esta viga maestra se encajaban las extremidades de ocho vigas de igual resistencia, cuya otra extremidad se apoyaría sobre el mismo número de columnas que se levantaban por detrás de la sala. Una infinidad de tensores, que descendían de las ocho grandes vigas, sostienen luego el techo de la sala, manteniéndolo suspendido en el aire. Este techo se compone de dos membranas de hormigón de muy pocos centímetros de espesor, distantes dos metros la una de la otra, y ofreciendo de esta manera las condiciones de un techo sonoro y de un aislamiento térmico. Resultado: esta sala, casi tan grande como la plaza de la Concordia, está desprovista de todo punto de apoyo molesto; ¡ella es sostenida, al igual que Judith sostiene la cabeza de Holofernes, por los cabellos!

7

Las iniciativas tan agudas se sustraen a toda presión regionalista. Las técnicas, hijas del cálculo y del laboratorio de experimentación, pertenecen al patrimonio universal. Bien lo hemos visto en la Edad Media, cuando el descubrimiento del arco ojival comenzó a resplandecer sobre todo el mundo conocido por la raza blanca, de Occidente a Oriente y del Norte al Sur. Y otro tanto desde nuestros días, la técnica del acero y del hormigón armado tienen un carácter universal; pertenecen a todo el mundo, no tienen ni un cielo ni un suelo propios. Es necesario señalar que, haciendo funcionar las fuerzas hasta sus límites extremos, ellas sólo pueden emplear materiales seguros, probados, controlados y constituidos,

35

siempre que sea posible, artificialmente y portadores de coeficientes de resistencia invariable. Materiales modernos tales como los cementos Portland o eléctricos, y diversos aceros. En el curso de la preparación de la obra, se observará que el edificio puede no recurrir exclusivamente a una técnica rígida, sino también que tales elementos como paredes, solados, bóvedas, etc., se pondrán como de costumbre y con materiales locales: carpinterías, mamposterías de piedras, de ladrillos, etc. Estos materiales son productos naturales (madera o piedra, pizarra), o de productos artificiales, regionalizados por la costumbre (tejas, ladrillos). Desde siempre, constituyendo el espectáculo cotidiano, los rasgos familiares los unen en la profundidad del tiempo; una costumbre milenaria que nos liga a algunos de ellos, los han convertido en compañeros de nuestra vida. Podemos llevar la cuenta de ese pacto amistoso celebrado con el vecindario. Una sensación de seguridad, de apego, puede sobrevenirnos, fuente preciosa brotando del secreto de las arquitecturas. Ejemplo: ese muro curvo de la biblioteca del Pabellón Suizo de la Ciudad Universitaria de París, levantado con la misma simple piedra de siempre, por un albañil enamorado de su obra; se viene a enlazar a esas cosas alimentadas de pilotes recientemente salidos de las técnicas, simples, poderosos y razonables como huesos, pero sin embargo, trastornadores en muchos aspectos. Y bien, este muro de tradiciones nos fue reprochado por los grandes maestros de la Ciudad Universitaria; nos ofrecieron las semillas de una planta trepadora "que, en menos de seis meses, recubrirá este horroroso muro"... Luego, darán orden de plantar arbustos destinados a ocultarlo. Los mayores, haciendo prevalecer las tradiciones, nos abrumaban; los jóvenes, ante el éxito de nuestro muro tradicional, aplaudían...

36

8

He aquí cómo se prepara una sinfonía: ley del suelo, sitio, topografía, escala de empresas; circulación exterior revelando la actitud de la obra; circulación interior; recursos infinitos de las invenciones técnicas pudiendo, en ocasiones, obrar de común acuerdo con los medios más tradicionales; en fin, introducción de materiales nuevos y mantenimiento de materiales eternos... También, podría tratarse de una casa de fin de semana o de un palacio inmenso, de una represa hidráulica, o de una fábrica: el llamado a la imaginación permanece constante. A través de todo el territorio del país, no existe ninguna obra que nos otorgue el derecho a calificarla de indiferente: todo tiene su importancia, desempeña su papel, carga con la responsabilidad de tornar más hermoso o más infame el país. Cada cosa es un total y sin embargo, sólo es un fragmento. La patria se compone de esa alianza que liga a la naturaleza con la casa construida. De un paso a otro, de una calle a otra, de un barrio a otro, ¿por qué debería existir una ruptura del encantamiento proveniente de tanto fervor consagrado a la construcción de cada objeto?

9

He hablado de una *alianza* y he evocado el desastre de una *ruptura* del encantamiento presenciado por nosotros. Terminología que convendría a la música... Precisamente, la arquitectura y la música son hermanas, proporcionando la una y la otra el tiempo y el espacio. El instrumento que provoca el encantamiento es la proporción en la cual están tan íntimamente ligados los sentimientos que, al llegar al extremo de sus posibilidades,

37

tocamos lo esotérico, utilizando el lenguaje de los dioses. La sensación, ante la arquitectura, la obtendréis mediante la medición de las distancias, de las dimensiones, de las alturas, de los volúmenes: matemática poseedora de una clave que dará (o no dará) la unidad, según que tenga éxito o fracase. ¿Lo creeréis? Esta clave de la arquitectura, la *proporción*, se ha perdido, olvidado. Ella que, en cierta época fue todo y conducía hasta el mismo misterio; ya no pensamos más en ella, no nos ocupamos más de ella, la hemos abandonado. Hasta tal punto hemos llegado. Función eminentemente visual (¿acaso no se trata de los objetos que mide el ojo?), ella puede convertirse en metafísica, reuniendo materialismo y espiritualidad. Juego peligroso donde los imbéciles se desenvuelven a sus anchas. Haciendo prevalecer el factor óptico, tornaremos menos amenazador el peligro. Los llevaré junto a este hombre sentado a una mesa, levantándose luego y recorriendo el dominio de su vivienda. Oye los discursos que parten de esos objetos testigos de las intenciones, alineados con un bello pensamiento, hablando a medida que él se va desplazando — esos muebles, esas paredes, esas aberturas hacia el exterior, nido de minutos, de horas, de días, de años de vida. Vosotros comprendéis que ni por un instante es cuestión de fachada, esa palabra convertida en consigna de vuestros estudios que bien puede convertirse en la máscara que disimula vuestros errores. No, se trata de un ser nacido de vuestros pensamientos, poseyendo un corazón en su interior y que, mediante simples planos exteriores que lo separan de lo externo, se presenta sin afeites ni jactancia. De los muros llenos, de los huecos, de las ventanas, de los cuales se han hecho siempre todas las casas o chozas en todas las épocas y lugares, anteriores a las escuelas de arquitectura y a las peligrosas insuficiencias que diplomaron.

38

10

El Vº Congreso de los C.I.A.M., celebrado en París en 1937, se consagró a la preparación de *una vivienda digna*. ¿Cómo construirla? ¿Acusando o no acusando la construcción? Por “acusar”, no deseo significar: “poner en picota”, sino por el contrario: afirmar los elementos de estructura, ponerlos en evidencia, ver, hacer de esta tendencia el postulado mismo de la arquitectura. Mostrar o no mostrar columnas que, por otra parte, cumplen obedientemente con su deber de soportar el edificio, no es más que una cuestión de estética personal sobre la que no hay ninguna necesidad de discutir. Podemos pasar de un extremo a otro, teniendo de los dos extremos y marcando solamente el límite de las modalidades infinitamente diversificadas de las soluciones posibles. Podemos, si así nos place, instaurar sobre este tema discusiones de iglesia. La cuestión planteada actualmente es más grave: “¿*Qué son esas cosas cuya construcción se comenta?*” La salud que hay que introducir en un sistema de estructura es del mismo orden que aquella que debe regir el programa y expresarlo por el plano y el corte. En esas cosas que no son de apariencia, sino de esencia, se juega precisamente el destino arquitectónico.

11

Recién acabáis de ver que arrastrado por la defensa de los derechos a la invención, he tomado como testimonio el pasado, ese pasado que fue mi único maestro, que continúa siendo mi único amonestador. Todo hombre ponderado, lanzado hacia lo desconocido de la invención arquitectónica, sólo puede apoyar verdaderamente su

39

esfuerzo en las lecciones dictadas por los siglos; los testigos respetados por los tiempos poseen un valor humano permanente. Podemos llamarlos folklores — noción mediante la cual deseamos expresar la flor del espíritu creador en las tradiciones populares, extendiendo su imperio más allá de la morada de los hombres, hasta la de los dioses. Flor del espíritu creador, cadena de tradiciones que lo encarnan y cuyos eslabones son cada uno, exclusivamente una obra que fuera en su hora, innovadora, a menudo revolucionaria: un aporte. La historia, que se apoya en jalones, sólo ha conservado estos testigos leales; las imitaciones, los plagios, los compromisos se hallan alineados más atrás, abandonados, hasta destruidos. El respeto hacia el pasado es una actitud filial, natural para todo creador: un hijo siente, hacia su padre, amor y respeto. Les demostraré cuánta atención he consagrado desde mi juventud al estudio de los folklores. Más adelante, pude intervenir con todas mis fuerzas para salvar, aquí, la prestigiosa Casbah de Argel que deseaban destruir porque albergaba demasiados jóvenes de mal vivir; allí, el Viejo Puerto de Marsella que los ingenieros en puentes y caminos pensaban poder transformar prematuramente en un recolector de autopistas del Sur; en otra parte, la vieja Barcelona que me proporcionaba la ocasión de proponer un método de valoración del patrimonio histórico de las ciudades. ¡Todo esto no ha impedido que los detractores me acusaran de querer destruir sistemáticamente el pasado!

12

No confundáis ese respeto, ese amor, esta admiración, con la insolencia y la indolencia de un hijo mimado decidido a evitarse todo esfuerzo personal, prefiriendo

40

vender a sus clientes el trabajo de sus antepasados. O, bajo el efecto de la más triste dimisión de pensamientos, el país ha sido invitado a revestirse de espolios folklóricos. Un grupo numeroso de miedosos, de indigentes, de timoratos, se prepara, listo para cubrir la ciudad y el campo —todo el país— de falsedad arquitectónica. Sólo hubiera castigado semejantes crímenes. Yo tenía veintitrés años de edad cuando llegué, tras cinco meses de viaje, ante el Partenón de Atenas. Su frontón se mantenía erguido, pero la larga nave del templo se hallaba en ruinas, las columnas y el entablamento habían sido volteados por la explosión de los polvorines que los turcos habían encerrado antaño en su interior. Durante semanas, toqué con mis manos inquietas, respetuosas, asombradas, esas piedras que, puestas de pie y a la altura deseada, interpretaron una de las músicas más formidables que existen: clarines sin llamado, verdad de los dioses. Palpar es una segunda forma de la vista. La escultura o la arquitectura pueden acariciarse cuando el éxito inscrito en sus formas provoca el avance de la mano. De vuelta en Occidente, habiendo pasado por Nápoles y por Roma donde vi a los “órdenes de la arquitectura” hacer un eco discutible a esta verdad conocida sobre el Acrópolis, me resultó imposible —bien lo comprendéis— aceptar las enseñanzas “del Vignola”. ¡Este Vignola! ¿Por qué Vignola? ¿Cuál es el pacto infernal que uniría las sociedades modernas a Vignola? Me sumergía en el abismo académico. No nos ilusionemos: el academismo es una manera de no pensar que conviene a quienes temen las horas angustiosas de la invención, compensadas sin embargo por las horas de gozo del descubrimiento.

41

13

Pero Vignola no es el folklore. Ante el hormigón armado y el acero y el fracaso inevitable de Vignola, el folklore parece convertirse, en la actualidad, en el arma de reemplazo que algunos desearían esgrimir contra ese cemento armado y este acero aún y siempre amenazadores, ya triunfantes. El estudio del folklore no proporciona fórmulas mágicas capaces de resolver los problemas contemporáneos de la arquitectura: informa íntimamente acerca de las necesidades profundas y naturales de los hombres, manifestadas en las soluciones experimentadas por los siglos. Nos muestra al "hombre desnudo" vistiéndose, rodeándose de utensilios y de objetos, de habitaciones y de una casa, satisfaciendo razonablemente a lo indispensable, y permitiéndose un exceso capaz de hacerle saborear la abundancia de los bienes materiales y espirituales. Todo ello experimentado por las generaciones, ajustado por los siglos y dando una sensación de unidad como también de profunda armonía con las leyes del sitio y del clima. A la locomotora le siguieron otras velocidades mecánicas. El mundo fue puesto fuera de sí. Cien años de angustias y de delicias, de destrucción y de liberación. A nosotros nos corresponde hoy ver claro, salir y encontrar en el tumulto acontecimientos que sobrepasen el control humano, la única escala capaz de poner fin a la falta de medida y, con ella, a la desgracia. El folklore pone en juego la intención poética, la intención de agregar materialismo en beneficio de la sensibilidad, la manifestación de un instinto creador. Folklore, flor de las tradiciones. Flor... Por flor, deseamos expresar la expansión, el resplandor de la idea motriz... Y no invitar a

42

copiar las flores en pintura o en escultura, en bordado o en cerámica... El folklore, un objeto de estudio y no de explotación. El estudio del folklore es una enseñanza. Nuestras grandes escuelas harían bien en enviar a sus estudiantes a los campos de Francia, y no a Roma. Desembarazados de las molestias de Roma y alimentados con la savia del país, los arquitectos, teniendo en sus manos los instrumentos de la técnica moderna, se unen luego en un esfuerzo unánime para constituir un nuevo folklore — la obra maestra que debe acoger la vida de los hombres de la civilización maquinista. Personalmente, he llegado a un acuerdo total acerca de todas estas cuestiones, con Georges-Henri Rivière, conservador del Museo Nacional de Artes y de Tradiciones Populares, y Urbain Cassan, quienes, con una fe ardiente y ayudados por una cohorte de jóvenes arquitectos, se ocupan de reunir a través de todo el país los elementos de una información total. Antes de que zozobren en el abandono o en la destrucción los testigos de nuestro comportamiento secular, y aguardando que la civilización maquinista haya edificado a su vez una cultura, desean hacer un inventario y poner al resguardo, mediante una clasificación científica, lo que el tiempo corroe y destruye y lo que desecha a su paso la era maquinista. Los jóvenes dedicados a este piadoso deber recibirán una enseñanza y una iluminación. ¡Más vale tarde que nunca!

14

El estudio de los folklores no es más que una sección de una ciencia mayor descubierta con la reciente aparición de los excepcionales métodos técnicos de información: la fotografía (bajo su extraordinaria forma manuable actual), la cinematografía, el registro sonoro,

43

etc. Esta ciencia es la etnografía, cuya primera materia es el documento exacto. El documento exacto, sonoro u óptico, acumulado innumerablemente en los casilleros de la fototeca o de la discoteca, nos proporciona en adelante las imágenes más limpiadas acerca de la existencia de los pueblos, del estado de las civilizaciones hasta ahora lejos de nuestro alcance. Con él, nos sumergimos a pique en los abismos de las edades, pero también, inmediatamente podemos estudiar, comprender, envidiar o admirar. El *hombre desnudo* de Juan Jacobo, el *Hurón* de Voltaire que, en un período premonitorio similar al nuestro, sirvieron de testigos virtuales, se hallan en nuestras manos y podemos, con sólo tomar el subterráneo y franquear el umbral del Palacio de Chaillot, entrar en su morada, verlos, escucharlos, sorprenderlos en lo vívido de sus costumbres, de sus creencias, de sus ritos. Aún más, una masa de objetos reales se reúnen y exponen aquí. En fin, el documento fotográfico pequeño o inmenso nos muestra el conjunto y la intimidad del ambiente, el sitio, su flora, su fauna y los utensilios de las aglomeraciones, de las viviendas, del templo o de la guerra. No os dais cuenta de lo que ha significado para nuestras generaciones, para nuestra ignorancia, la revelación de esas civilizaciones tan diferentes a la nuestra. Sobre el terreno de las artes se dirigió el golpe más directo, más inmediato. Un sentimiento, una pasión arqueológicas totalmente recientes, provenientes de las nuevas posibilidades maquinistas de la impresión ("la edad del papel" es de nuestro siglo) habían atropellado el principio de *contigüidad* naturalmente ligado a nuestros destinos: conocíamos (en general) lo que nos rodeaba a 30 kilómetros a la redonda: recibíamos las enseñanzas directas del padre: una generación sucedía a otra sin choques. Las revoluciones del pensamiento, después del aho-

44

go de la civilización antigua por la invasión de los bárbaros, sólo habría obrado, cada vez, en la ocasión de una nueva: las Cruzadas, la toma de Constantinopla, el descubrimiento de América... Desde hace mucho tiempo, no habíamos sufrido una conmoción similar. Y el ronrón académico pudo haber conducido a la pintura y a la escultura a plenitudes insospechadas. De súbito, la etnografía, ciencia moderna, nos ofreció la ocasión de reajustar nuestros puntos de vista. Las artes mayores: pintura y escultura, fueron violentamente revitalizadas, y ello es todo lo que recubre ese extraño vocablo: el *cubismo*. La arquitectura, desde la post-guerra anterior, recibió los fermentos fecundantes. Pero los verdaderos programas del urbanismo aún se están gestando; no han aparecido, no han sido formulados; la tarea es profunda, fundamental, pues el problema de la conciencia reaparece infaliblemente, y en ese sentido, aún debemos saldarse una cuenta. Entonces, bien podéis comprender que la naturaleza, la conciencia y las artes son, para nosotros, un conjunto que nos llama al estudio. Tal es la unidad que debemos comprender.

15

El desarrollo de mi razonamiento, mediante el cual deseo colocaros delante de la arquitectura, me condujo a ese ángulo de donde parte toda luz: la intención. Los agentes concretos o abstractos que son como los asientos de la pirámide de la arquitectura, se hallan dominados por una intención. Las técnicas llamadas en nuestro auxilio, la elección de materiales, la satisfacción aportada al programa, etc., todo ese esfuerzo realizado sólo tendrá valor por la calidad de vuestra intención. Y quizás así habréis logrado que vuestra casa se convierta en un pa-

45

lacio milagroso de sonrisas, después que, por una atención consagrada a cada detalle de la construcción, habéis insistido en que ese palacio soñado fuera, ante todo, una casa, una simple y honesta casa del hombre. En el transcurso de toda mi carrera, me agitó esta preocupación: obtener con materiales simples, hasta pobres, y aun con un programa dictado por el mismo Diógenes, que *mi casa fuera un palacio*. ¡El sentimiento de dignidad reglamentando el juego!

16

En ese sitio del pensamiento, los abismos, las acechanzas, los abrojos pueden traicionar y herir al arquitecto que cese de mantenerse vigilante. Pues esta grandeza que buscamos no es la grandilocuencia. La pureza la traerá consigo. Ahora bien, la pureza inspira miedo. Para proteger sus ojos de albino, nuestra sociedad de temerosos ha esparcido la pátina y los claroscuros. El poderío de los colores del dórico o de la Edad Media, la pureza y el resplandor de los oros, de los espejos, de las sedas, los paños, los fieltros de Luis XIV y de Luis XV son cosas hoy ignoradas. Fuerza, salud, alegría de los señores de antaño, se asemejan a los tenderos desprovistos de la distinción necesaria. La revolución de la conciencia surgida de este estado de alerta que desde hace tanto tiempo pesa sobre las sociedades, se inscribirá algún día en nuestra misma vestidura. Las mujeres ya han tomado la delantera: la costura y la moda son audaces, sensibles, expresivas. Observad esas jóvenes de 1942: sus cabellos testimonian salud y optimismo. Ellas se pasean con cascos de oro o de ébano. Bajo Luis XIV y el Renacimiento, sois vosotros, jóvenes, quienes con esos cabellos habiéis resplandecido como arcángeles, siendo fuertes como

46

Marte, hermosos como Apolo. ¡Las jóvenes os han aventajado! Ahora bien, nos hallamos en el punto más inadaptado de la forma de vestimenta, habiendo renunciado además al color que es uno de los signos de la vida. Desde 1910, creí en la virtud tonificante y purificante de la leche de cal. La práctica me ha demostrado que, para hacer destacar la alegría del blanco, era necesario rodearlo del poderoso rumor de los colores. Discerniendo en el hormigón armado el germen del "plano libre" (un plano liberado de las trabas del muro), fui conducido a la policromía arquitectónica, hacedora de espacio, de diversidad, respondiendo a los ímpetus del alma y pronta, en consecuencia, a acoger los movimientos de la vida. La policromía se presta a la expansión de la vida misma. Insisto: prestándose a la expansión de la vida misma. Y discernio que la vida, actualmente, en esa cuestión de viviendas que nos interesa, no se expandirá sino donde encuentre un equivalente arquitectónico de la ventilación totalmente nueva traída por el libro, la T.S.F.*, el disco, el periódico, la revista. Obertura súbitamente tan grande sobre los tiempos y los lugares, las edades y las costumbres. Sensibilidad de nuestra sociedad extendida hacia adelante sobre un teclado infinitamente más vasto. No establezco una separación, de ninguna manera afirmo que hay un acontecimiento feliz o deplorable. La investigación de nuestros espíritus es otra, por consiguiente también la elección de nuestros compañeros, deseo hablar de estos objetos con los cuales nos gusta rodear nuestra vida cotidiana, manteniendo con ellos una conversación constante. Objetos compañeros que pueden ser objetos poéticos. Tendremos el placer de reunir series de objetos que decla-

47 * Siglas de *Télégraphie Sans Fîles*.

raremos contemporáneos a nuestra sensibilidad, aunque en el tiempo de manera alguna lo sean. Aquí, el anacronismo no se mide con la escala del tiempo: sólo surge en el hiato de las cosas dotadas de almas extrañas. En este plano de la sensibilidad, lo contemporáneo es el reencuentro de las almas gemelas. Y los objetos provenientes de todos los tiempos y lugares pueden pretender a esta fraternidad. Así, los libros se hallan plenos de una iconografía mágica e incitadora. A estos testigos nacidos artificialmente de los hábiles dedos de los hombres, la naturaleza puede, a su vez, agregar un contingente maravillosamente sensible. Testigos calificados de *objetos de reacción poética* y que, por su forma, su dimensión, sus materias, sus posibilidades de conservación, son capaces de ocupar nuestro espacio doméstico. Ello puede suceder con un guijarro traído por el océano o con un ladrillo partido redondeado por las aguas del lago o del río: he aquí osamentas o fósiles o ramas de árbol o algas, a veces casi petrificadas: y conchillas enteras, lisas como porcelanas o esculpidas al estilo griego o hindú: ved también esas conchillas quebradas revelando su asombrosa estructura helicoidal; esas pepitas, ese sílice, esos cristales, esos trozos de piedra, de madera, breve infinidad de testigos que hablan el lenguaje de la naturaleza, acariciados por vuestras manos, escrutados por vuestro ojo, compañeros de evocación. . . Es por ellos que se mantiene un contacto amistoso entre nosotros y la naturaleza. En un momento dado, los tomé como tema de mis cuadros o de mis pinturas murales. Mediante los mismos, podemos enunciar caracteres: el macho y la hembra, el vegetal y el mineral, el brote y el fruto (aurora y mediodía), todos los matices (el prisma y sus fulgores de siete colores ácidos o las gamas sordas de la tierra, de la piedra, de la madera),

48

todas las formas (esfera, cono y cilindro o sus diversas composiciones). Y nosotros, hombres y mujeres colocados en medio de la vida y reaccionando con nuestras sensibilidades aguerridas, acechantes, agudizadas, creando en nuestro espíritu cosas de nuestro espíritu, reaccionando y no quedando pensativos o desatentos; reaccionando y, en consecuencia: participando. Participando, calculando, apreciando. Feliz en esta carrera "en contacto directo" con la Naturaleza que nos habla de fuerza, pureza, unidad y diversidad. Y desearía veros dibujar con vuestros lápices esos acontecimientos plásticos, esos testigos de la vida orgánica, esas manifestaciones tan elocuentes bajo su volumen restringido aquí por las leyes y reglas naturales y cósmicas: guijarros, cristales, plantas o sus rudimentos, prolongando su lección hasta las nubes con sus lluvias, y hasta la erosión en el seno de las realidades geológicas, y hasta esos espectáculos decisivos, descubiertos desde el avión (el avión, uno de los instrumentos de nuestra vocación) donde la naturaleza —nuestro asilo— no es más que el incesante campo de batalla de los elementos en disputa. Esto reemplazaría esos estudios vulgares de los yesos antiguos que han manchado la consideración así adquirida de los griegos y romanos, *del mismo modo que el catecismo había desflorado para nosotros el resplandor de las Escrituras.*

Nos sustraemos a la firmeza de los colores como negamos del mismo modo la firmeza de las soluciones construidas. Vuestros mismos maestros lo confiesan: aún no se ha dado el paso. El director de una de vuestras mejores escuelas, la de Bellas Artes, ha dicho hace algunos días: *Comenzamos a construir en hormigón, pero continuamos pensando en la piedra.* Esta afirmación de M. Tournon demuestra que la etapa de cuarenta años suministrada

49

por Auguste Perret aún no es suficiente. Tal fue la leal confesión del responsable en la actualidad de la enseñanza oficial de la arquitectura en Francia, país donde se inventó el hormigón armado. Pero, una vez alejado su interlocutor, ¿no presentaría él a sus alumnos, como un ejemplo a no seguir jamás, la imagen de ese inmueble de inquilinato de la calle Nungesser-et-Coli, construido en hormigón y que proclama precisamente que aquí sí se ha “pensado en hormigón”? *La lámpara de la verdad* (Ruskin) ya no está encendida. Técnica y sensibilidad, condición de la arquitectura, constituyen una yunta delicada. Los maestros que vigilan vuestra instrucción sólo deberían *abrir las puertas* ante extensiones irremediablemente liberadas de límites. El diploma que corona vuestros estudios debería conferir un solo derecho: el de traspasar el umbral. Una vez terminados vuestros estudios, descubriréis todas las dificultades. Titulares de un oficio o invención, pureza y calidad modelan el producto, virtudes que dependen del carácter, os encontraréis, cada vez más, lanzados a la vida con sus luchas de vanidad, de ansia o simplemente de adversidad. Seréis entonces el único artífice de vuestro destino, en adelante, estaréis solos. Vuestro diploma no os otorga ningún derecho a participar en los trozos de una torta distribuida por el Gobierno. Evidentemente, estoy hablando del tema que nos interesa: la arquitectura. ¡Fuera de ella, bien podéis “hacer negocios” y “triunfar”!

50

Un taller de búsquedas

Así podríamos entretenernos indefinidamente con este tema admirable. Respondiendo a algunos de vosotros, he dado el paso que me sitúa a plena luz en esta cuestión de la arquitectura, desembarazando mis ideas y mi persona de los fantasmas y de los falsos simuladores que otros han formado cínica o demasiado hábilmente. Hay quienes desearían verme dirigir un Taller de arquitectura en la Escuela de Bellas Artes. En mi libro “*Sur les quatre routes*”, de 1939,⁸ en “*Précisions*”, de 1929,⁹ había enunciado como principio esencial, que los mismos alumnos designaran a su profesor. Aquí, se daría este mismo caso. Jamás me he preparado para la enseñanza. Peor (o mejor): jamás he recibido una enseñanza propiamente dicha. Soy autodidacta, en todo, hasta en el deporte. Como autodidacta, conocí hasta los treinta y cinco años las mayores angustias; y no le deseo a ninguno de vosotros seguir un camino similar. Después de la cuestión del Palacio de las Naciones, hacia 1930, un grupo de vuestros camaradas me rogó que accediera a crear con ellos un taller en la Escuela de Bellas Artes. Absorbido por investigaciones muy personales y a menudo viajando a través de los continentes, rechacé el ofrecimiento, sugeriéndoles que acudieran a mi superior, Auguste Perret, con quien sostuve varias disputas en la

51

vida (era él quien las iniciaba), pero siempre lo he estimado profundamente, diciéndoselo a él, diciéndoselo a los demás y escribiéndolo. Durante catorce meses, entre 1908 y 1909, he estado permanentemente a su lado, obteniendo inmensos beneficios, y no soy un ingrato. El pedido que hoy me formulan nuevamente, me encuentra en otro estado de ánimo. Antaño, entre antiguos y modernos, formábamos dos clanes que se ignoraban, cada uno con sus clientes, sus émulos, sus terrenos de caza. Más o menos, nos desentendíamos de todo. Hoy, los reglamentos colectivos nos colocan en un mismo saco y tenemos el deber (y la obligación) de explicarnos los unos con los otros a fin de abolir tantas barreras, disipar tantas confusiones, alejar tantos fantasmas, hacer desaparecer tantos equívocos. Sé bien que es necesario explicarse, es decir, entenderse. En cuanto a mí, siempre he preferido explicarme, con precisión y perseverancia, agregando a veinte años de taller entre dos guerras, veinte libros. Tentativa vana e ilusoria. Los profesionales, los arquitectos salidos de las enseñanzas académicas, no me perdonaron por mis primeros tres capítulos de "l'Esprit Nouveau" (1920): "Trois rappels a Messieurs les Architects"; luego los tres siguientes: "Des yeux qui ne voient pas"; en fin, el discurso que coronó esta serie preliminar, "La Leçon de Rome", "L'Illusion des Plans", y "Pure Création de l'esprit". Me declararon polemista y se estancaron allí, prefiriendo insistir en sus convicciones y no leerme. Y las ediciones de mis libros traspasaban las fronteras, exportación y propagandas francesas sin desembolso para el gobierno. Más bien se leía a Camille Mauclair que había reunido en un libro los quince artículos de su campaña en el *Figaro* contra la arquitectura moderna, campaña que respondía a los deseos de las Cámaras de oficios de los carpinteros y de los artesanos en

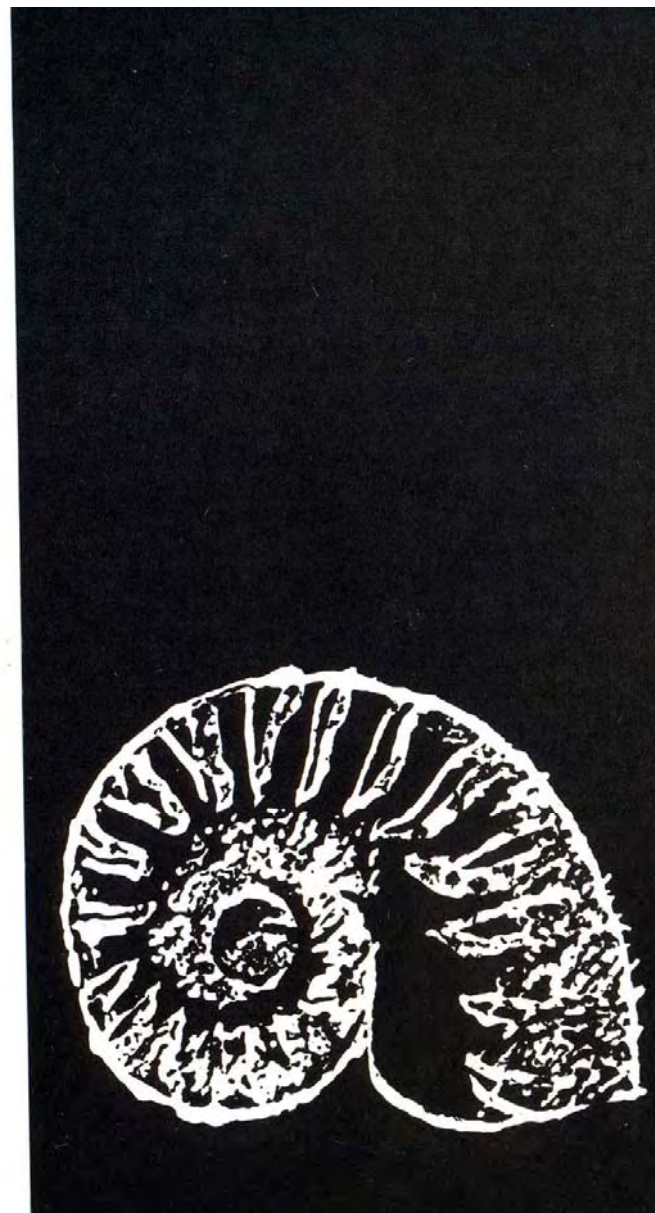
piedra, pizarra, tejas y cinc. Su primer material lo encontró en un ataque dirigido contra mí (y bien lejos de aquí) en Neuchâtel, en Suiza, por un pequeño periódico local, "La Feuille d'Avis" (salvo algún error), que había aparecido a granel en otra obra editada en Bienne, otra pequeña ciudad de Suiza, por un arquitecto, M. Alexandre de Senger, libro titulado "Crisis der Architektur", traducido más tarde del alemán bajo este título seductor: "El Caballo de Troya del Bolchevismo". Pirámide edificada de inmundicias, de mentiras tontas: verdadera colección de infamias. Pero no os asombréis. Todo ello fue creído con todo gusto y adoptado como dogma. Y transportado con el transcurso de los años (desde 1928) a todos los lugares y países útiles, resguardado en archivos, durmiendo con un ojo atento y vigilante. Y extraído de allí en el momento preciso, por ejemplo, en ese año 1942, ocho días después de mi partida de Argel, el mismo día de la convocatoria del Concejo Municipal, llamado a dictaminar acerca de mi plan director de Argel y de su región. Muestra: "l'Esprit Nouveau" (el director de esta revista fue Le Corbusier), está suficientemente caracterizado si nos tomamos el trabajo de considerar las siguientes citas: "... Los grandes hombres son superfluos. Es preferible la banalidad. El firmamento y el arco iris son menos hermosos que la máquina porque son menos exactos. Hay que destruir la historia, la sublimidad artística, las casas. M... a los profesores, los historiadores, a Shakespeare, Goethe, Aquiles (han querido decir Schiller), Wagner... M... a Beethoven".¹⁰ Queridos y jóvenes amigos, no resulta útil que esta declaración infecte en cierto modo la atmósfera de nuestra conversación. Es necesario saber a quién le pueden servir estas armas: ocho días más tarde, el Concejo Municipal, en un informe de Comisión que no temió equivo-

carse por escrito, rechazaba el proyecto, y el Gobernador General de Argel, haciendo un sinnúmero de revelaciones publicadas por "Travaux Nord-Africains", motivó, por ellas, el fracaso de la misión que había provocado mi viaje a Argel.¹¹ A tanto fervor consagrado a la arquitectura, o mejor dicho, a toda esta atención fraternal dispensada al hombre, reunida en una cantidad innumerable de folletos diseminados por los mejores editores de Francia y el extranjero, pero que no han sido hojeados por los responsables de las enseñanzas ni por los ministros de las artes o de caminos o de las grandes obras o de máquinas, ni los alumnos de la Escuela y menos aún sus maestros, ni el 99 % de los arquitectos que defienden el arte oficial, le fue respondido irremisiblemente con un "no". Sin poseer información alguna, han preferido discutir apasionadamente en el vacío. Mi taller de la Rue de Sèvres se convirtió con el transcurso de los años, en el centro de reunión de más de doscientos arquitectos jóvenes provenientes de los cuatro horizontes del planeta. A su llegada, estos jóvenes tenían, en su mayoría, su diploma en el bolsillo. A mi lado, abordaron los problemas más variados, desde el amueblamiento, la casa pequeña o grande, el palacio, hasta el urbanismo. Pero hacían algo más que abordar, penetraban en el fondo del problema. No preparaban esbozos, sino planes, no planeaban por encima de las contingencias, estaban en la cruda realidad: programa, estructura, plástica estética. Materiales, resistencia, costo, tiempo. Encima de algunas mesas de dibujo, las realidades más toscas; en otras, los anticipos (pues es necesario dar este nombre a lo que debería constituir la tarea cotidiana: *la previsión*, siempre aplazada). Cada día, durante cinco horas, estaba en medio de todos ellos. Veo en este tipo de colaboración una ense-

ñanza recomendable. No obstante, deseo admitir una modalidad diferente, esa modalidad donde el alumno se ocupa de un proyecto que le es propio. Sin embargo, comprenderéis que este es sólo un medio incompleto de tomar contacto entre los maestros y los alumnos y que sería más conveniente tratar de descubrir una fórmula más eficaz. Además de este taller de búsquedas que inauguramos juntos, donde el elemento constituido sería estudiado en sus diversas encarnaciones, desarrollándose como el árbol (ese símbolo magnífico) con sus raíces, su tronco, sus ramas, sus hojas, sus flores y sus frutos, con su programa, sus técnicas, sus diversos temas, sus proporciones, desearía dictar un curso, claro y uniforme, consagrado al dominio construido del país, pero reducido a los aspectos esenciales que pueden calificarse con estos términos: terreno y *volumen construido*. El volumen construido es el caparazón del caracol: el terreno, es la huerta donde nuestro hombre-caracol encuentra sus alimentos materiales y espirituales. El hombre y su ambiente. Y uniendo la arquitectura al urbanismo: aún más exactamente: salvar al urbanismo de su desgracia actual de la ciencia de dos dimensiones (instrumento nefasto colocado entre las manos de agentes-veedores) y conferirle la tercera dimensión, la única capaz de reunir las bases del problema en su unidad, su integración, su conjunto.

He evocado suficientemente en estas líneas, el agudo momento nacido de las fuerzas presentes: unas pertenecientes a lo racional, la técnica que se aprende puntualmente; las otras, que emanan de la conciencia y se cultivan fructificando solamente con el efecto de un trabajo interior. Si la intensidad anima a aquellos de vosotros que desean agruparse en una comunidad consagrada toda a la arquitectura, entonces es posible que se produzca el ansiado acontecimiento espiritual, el único capaz de iluminar vuestro trabajo.

París, 17 de octubre de 1942 56





“Si tuviese que enseñarles arquitectura”

Nota de los Editores

El presente artículo, escrito por Le Corbusier hace unos veinticinco años, fue publicado en la revista "Architectural Design", Volumen 29, correspondiente al mes de febrero de 1959.

El autor permitió su publicación, advirtiendo que no obstante la fecha de origen, persistía su actualidad.

Es con satisfacción que *Ediciones Infinito* dedica el presente artículo a toda la juventud estudiosa de habla hispana, contribuyendo así a difundir el enfoque pedagógico preciso, sencillo y profundamente humano, de cómo entendió el gran maestro suizo-francés ha de enseñarse arquitectura.

La arquitectura de la nueva edad ha triunfado en todo el mundo. Pero todavía está sujeta a una oposición violenta e insidiosa. Desbarata demasiados prejuicios y demasiados intereses creados. Todo el país está controlado por la obstrucción comercial y por arquitectos que emplean técnicas anticuadas, por lo cual les es imposible conformar las demandas de una clientela nueva. Invocan tradiciones sagradas, el buen gusto, la belleza — Pericles o Luis XIV, o cualquier cosa de ese orden.

Los maestros de las escuelas están extremadamente preocupados por la curiosidad de sus alumnos, por sus preguntas indiscretas, por su entusiasmo casi irrefrenable. La vida ya no es una broma para la mayoría del cuerpo docente en muchas escuelas.

El inmenso futuro de la arquitectura moderna, que es, al fin de cuentas, el equipo de una nueva civilización, no debería estar mezclado con intereses creados. La vida recién comienza para una nueva arquitectura y tiene una larga vida por delante. ¿Por qué negarle la posibilidad de alcanzar belleza y grandeza? Esta clase de objeción es fútil e injustificada. Pero igualmente es importante reconocer que se han cometido muchos errores en el campo de la arquitectura moderna, especialmente por parte de la gente joven que imagina que la casa del hombre moderno es una caja de jabón. Pero el mayor daño ha sido hecho por los plagiarios que toman las superficialidades de la arquitectura moderna y simplemente las aplican sobre los mismos viejos esqueletos. Si el trabajo no está aún terminado (y por cierto que no lo está), es el deber de las autoridades reconocer que el mundo evoluciona constantemente y que, por lo tanto, la arquitectura, como expresión de una edad, debe ir delante.

Se le debe dar a la arquitectura la oportunidad necesaria para poder experimentar prácticamente.

Uno de los aspectos cruciales de toda la cuestión estriba en la enseñanza de la arquitectura en las escuelas. A este respecto ciertos países están dormidos y se abrazan a la tradición: los estudiantes están bien, pero los profesores... Todavía no dudan, dos mil años después, en ser más romanos que los romanos, más alemanes que los alemanes... El nacionalismo sólo sirve para adornar la arquitectura con toda suerte de accesorios que nada tienen que ver con el problema real. En todo el mundo he notado que la enseñanza de la arquitectura, de cualquier forma que sea encarada, es siempre fragmentaria y superficial — a veces, aparentemente sobre el viejo modelo Beaux Arts, a veces ausente de algún significado estético (como en algunos países orientales), a veces un poco exagerada (como en la mayoría de los países técnicamente progresistas, como Norteamérica).

Lo que es aún más incongruente, es ver la fiera oposición de nuestros padres y abuelos (magistrados, concejales, etc.), a cualquier manifestación del espíritu moderno. ¿Para quién son proyectadas las ciudades del futuro? ¿Para aquellos que morirán pronto, con sus costumbres ancladas en el fondo de sus estómagos, o para aquellos que aún no han nacido? Su actitud defensiva es absurda.

La arquitectura provee la estructura para una civilización (habitación, trabajo, esparcimiento, circulación); y así la arquitectura es también urbanismo. Ya no es posible separar la arquitectura del urbanismo — son una y la misma cosa. ¿Pero qué signos hay del urbanismo moderno? Recién ha nacido, es una nueva ciencia con

62

pocos profesores. Y son todos jóvenes. Seguramente merecen el reconocimiento universal.

¿Si yo tuviese que enseñarles arquitectura? Es una pregunta bastante embarazosa...

Comenzaría por prohibir los “órdenes”, por poner un fin a este palabrerío hueco de los órdenes, a este desafío increíble a la inteligencia. Insistiría en un respeto real por la arquitectura. Por otra parte, contaría a mis alumnos cuán conmovedoras son las cosas en el Acrópolis de Atenas, cuya sublime grandeza comprenderían más tarde. Prometería una explicación de la magnificencia del Palacio Farnesio, y del amplio golfo espiritual existente entre el ábside de San Pedro y su fachada, ambos contruidos con el mismo “orden”, pero uno por Miguel Angel y la otra por Maderna. Y muchos otros de los hechos más simples y ciertos de la arquitectura, cuya comprensión exige cierta maestría. Enfatizaría el hecho de que la nobleza, la pureza, la percepción intelectual, la belleza plástica, y la eterna cualidad de la proporción, son los goces fundamentales de la arquitectura que pueden ser entendidos por cualquiera.

Trataría de inculcar en mis alumnos un sentido preciso de control, de juicio imparcial y del “cómo” y del “por qué”... Los entusiasmaría para cultivar este sentido hasta el día de su muerte. Pero quisiera que lo basaran sobre una serie de hechos objetivos. Los hechos son fluidos y cambiables, especialmente hoy en día, así que les enseñaría a desconfiar de las fórmulas y les trataría de hacer entender que todo es relativo.

63 Pregunto a un joven estudiante: ¿cómo hace usted una

puerta?, ¿de qué tamaño?, ¿dónde la pone?, ¿cómo hace usted una ventana? Pero, incidentalmente, ¿para qué sirve una ventana?, ¿sabe realmente para qué se hacen las ventanas? Si lo sabe, podrá explicarme por qué una ventana es cuadrada, rectangular o curva. Quiero razones para ello, y agregaría: piénselo: ¿necesitamos realmente ventanas hoy en día?

¿En qué parte de un cuarto pone usted una puerta?... Quizás tenga varias soluciones. Usted tiene razón, hay varias soluciones y cada cual da una sensación arquitectónica diferente. Ya ve — esas diferencias de solución son la base misma de la arquitectura. De acuerdo con la forma en que usted entra en un cuarto, y de acuerdo con la posición de la puerta en la pared, usted tiene una impresión determinada y la pared que perfora toma características determinadas. Usted siente que ha descubierto la arquitectura. De paso, le prohibo trazar un eje en sus planos — los ejes son meramente una fórmula para encandilar al lego.

Otro punto, igualmente importante: ¿dónde ubica las aberturas de las ventanas? Usted se da cuenta que de acuerdo de donde viene la luz, tiene una sensación determinada, así que dibuje todas las formas posibles de ubicación de ventanas y luego dígame cuál es la mejor. En realidad, ¿por qué ha hecho el cuarto con esa forma? Piense en otras formas con más posibilidades y ubique las aberturas para puertas y ventanas. Le conviene comprar un gran cuaderno de notas para este trabajo — necesitará hojas y hojas.

Ahora dibuje todas las formas posibles de comedores, cocinas, dormitorios, cada cual con sus requisitos espe-

64

ciales. Habiendo hecho esto, trate de reducir las dimensiones al mínimo. Una cocina. Esto es una cuestión de urbanismo — circulación y espacio para trabajar. No olvide que la cocina es algo sagrado entre lo sagrado. La próxima cosa a diseñar es la oficina de un hombre de negocios, y la de su secretario, sus dactilógrafos y sus empleados. Recuerde que una casa es una máquina para vivir y una oficina o una fábrica es una máquina para trabajar.

Usted no sabe nada de “órdenes”, ni del “estilo 1925”, y si lo pesco proyectando algo en el “estilo 1925”, le daré un tirón de orejas. No debe ser un estilista. Usted articula, usted planea — nada más.

Ahora trate de resolver uno de los problemas contemporáneos más intrincados: la casa mínima.

Primero para un hombre o una mujer solteros, luego para un matrimonio — no cuente con los hijos. Luego la casa se amplía — llegan dos hijos. Luego tendrá que acomodar a cuatro hijos.

Como todo esto es muy difícil, usted comenzará por dibujar una línea recta alrededor de la cual usted construirá las unidades necesarias en su orden correcto, cada cual con un área mínima. Luego, en una especie de árbol genealógico, usted tratará de solucionar su circulación poniendo las unidades apropiadas una al lado de la otra. Para terminar, tratará de juntar las unidades componentes para hacer una casa — no se preocupe por la construcción: eso es otra cuestión. Si por casualidad le gusta jugar al ajedrez, le será útil aquí, y no necesitará ir al café para encontrar un contrincante.

65

Usted irá a ver edificios en construcción para ver cómo se hormigonan los techos y pisos y cómo se ponen las ventanas. Haga dibujos y si ve algo idiota, tome nota de ello y cuando vuelva pregunte. No se imagine que aprenderá construcciones por medio de las matemáticas. Es un engaño empleado por las academias para dominarle. Sin embargo, deberá aprender una cierta cantidad de estática. Esto es fácil. No crea que necesita saber exactamente cómo llegan los matemáticos a la resistencia y sus fórmulas. Con un poco de práctica, comprenderá el mecanismo del cálculo, pero sobre todo recuerde cómo trabajan las distintas partes de una estructura. Asegúrese de entender los momentos de inercia. Una vez que los entienda, usted quedará libre para hacer cualquier cosa. Todo esto es muy claro: deje las matemáticas superiores a los matemáticos.

Sus estudios no han terminado aún. Usted tendrá que investigar en cuestiones de sonido, temperatura y expansión. De calefacción y refrigeración. Cuanto más experiencia directa pueda recoger a esta altura, más lo agradecerá luego.

Trate de dibujar un puerto con las boyas que marcan el canal, y muestre cómo un transatlántico viene a lo largo de los espigones y sale nuevamente. Le servirá cortar un trozo de papel coloreado con la forma del barco y marcar las posiciones sucesivas sobre el dibujo. Esto le puede dar una idea de cómo proyectar los espigones.

Ahora dibuje un bloque de doscientas oficinas con una plaza enfrente para estacionamiento de coches: investigue a cuántos coches debe servir y como con el barco muestre claramente sus maniobras. Quizás así tendrá

66

alguna idea del tamaño y la forma para los espacios libres y de estacionamiento, y de su relación con la calle. He aquí una regla ideal: use lápices de color. Con el color usted acentúa, clasifica, clarifica, desenreda. Con el lápiz negro usted queda atascado y está perdido. Dígase siempre: *los dibujos deben ser fáciles de leer*. El color le salvará.

Aquí hay una plaza en la ciudad con varias calles que se encuentran. Busque cómo se cruza el tráfico. Trate de pensar en cada tipo de plaza y piense cuál es la mejor para la circulación.

Plantéese el problema de una sala de estar con sus puertas y ventanas. Disponga los muebles necesarios en forma conveniente. Este es otro problema de circulación ¡y de sentido común y unas cuantas cosas más! Pregúntese si su habitación sirve de este modo para un propósito determinado.

Ahora le planteo un problema escrito: redacte un informe comparativo y analítico de las razones de la existencia de ciudades como Londres, Birmingham, Hull, Liverpool, Glasgow. Tarea bastante dura para un estudiante, pero usted se dará cuenta que antes de escribir nada deberá conocer exactamente qué es lo que está considerando, y por qué existe. Es un ejercicio espléndido para desarrollar el poder de discriminación.

Un día, vaya a la estación, con un metro en la mano, y haga un dibujo acotado y exacto de un coche restaurante con su cocina y servicio. Haga lo mismo con un coche dormitorio. Luego vaya al puerto y visite un transatlántico. Haga planos coloreados y cortes mostrando cómo

67

mo funciona. De hecho, ¿tiene usted una idea clara de qué sucede en un transatlántico? ¿Se da usted cuenta que es un palacio que acomoda a dos mil personas de las cuales un tercio vive lujosamente? ¿Se da cuenta que aquí hay un sistema de hotel con tres clases enteramente separadas e independientes, un sistema gigantesco de propulsión mecánica con su cuerpo de maquinistas y mecánicos, y aparte de esto un sistema de oficiales y marinos para dirigir el barco? Cuando usted pueda expresar claramente por medio de cortes coloreados y plantas la organización de un transatlántico, usted podrá participar en el próximo concurso para un Palacio de la Liga de las Naciones.

Y ahora, amigo mío, le ruego abra bien sus ojos. ¿Mantiene usted sus ojos abiertos? ¿Ha sido entrenado a abrir los ojos? ¿Los mantiene abiertos continuamente y útilmente? ¿Qué es lo que mira cuando va de paseo?

Observe los fondos de los edificios si quiere aprender algo. Cierre los ojos ante el frente que da a la calle. Luego vaya y mida algunos de estos edificios que son decentes detrás de sus fachadas. Estudie este particular con vistas hacia la ejecución posterior en mayor escala, quizás en acero (una casa prefabricada) o en hormigón armado (combinando unidades standard).

Ahora que he recurrido a su sentido de la honestidad, me gustaría inculcar en usted y en todos los estudiantes de arquitectura un odio hacia el “estilismo de tablero de dibujo”, que es meramente cubrir una hoja de papel con dibujos atractivos, “estilos” y “órdenes” — estas son modas. Pero la arquitectura es espacio, ancho, profundidad, y altura, volumen y circulación. La arquitectura es una

68

concepción de la mente. Debe ser concebida en su cabeza con los ojos cerrados. Sólo en esa forma puede visualizar su proyecto. El papel es sólo un medio para anotar la idea y transmitirla al cliente o al constructor. Todo está en la planta y en el corte. Cuando usted llega a través de plantas y cortes a un ente que funciona, han de seguir las fachadas, y si usted tiene alguna capacidad para diseñar, sus fachadas serán bellas. Diga, por todos los medios, que las casas son para vivir dentro, pero será un buen arquitecto cuando las fachadas sean expresión de ello. La proporción es suficiente, pero también necesita bastante imaginación; además, cuanto más modesto sea su problema más imaginación le hará falta.

La arquitectura es organización. *Usted es un organizador y no un estilista de tablero de dibujo.*

69

Notas

1. M. Lemaesquier.
2. Proceso en un plagio intentado por uno de los ex-æquo primados contra los arquitectos constructores del Palacio de Ginebra.
3. C.I.A.M., Congreso Internacional de Arquitectura Moderna y C.I.R.P.A.C., su Comité Director.
4. "L'Esprit Nouveau", revista de actividad contemporánea, 1919-25.
5. "L'Esprit Nouveau", "Plans" y "Prélude".
6. "Logis et Loirs", libro del Vº Congreso C.I.A.M., París, 1937. Edición de l'Architecture d'aujourd'hui", 5 rue Bartholdi, Boulogne — sur —Seine.
7. Ni Auguste Perret ni yo nos hemos diplomado.
8. Edición N.R.F.
9. Edición de la colección de l'Esprit Nouveau", Crès et Cie.
10. "Travaux Nord-Africains" (Edificaciones, Obras Públicas, Arquitectura, Urbanismo) del 4 de junio de 1942. Argel.
11. Hay algo aún más sorprendente y que os preocupará en especial. Ese año (1942) apareció editado por Morancé, en París, un libro titulado: "De l'Architecture", de Louis Hauteœur, director de los Museos Nacionales y profesor de la Escuela Nacional Superior de Bellas Artes y de la Escuela del Louvre (títulos impresos en la tapa de la obra). Egipto, Grecia, Roma, la Edad Media, el Renacimiento y el Clasicismo se comparan en la misma; aparecen Vitruvio, Bramante y Gabriel y, de súbito... M. Le Corbusier. Para esta última escenografía, el autor adopta el método del biombo: "En Suiza, M. Alex de Senger considera a M. Le Corbusier como el furriel del bolchevismo" (pág. 169). Anteriormente había citado su testigo (pág. 25): "El señor Alex de Senger atribuye al señor Le Corbusier teorías similares a esta: el individuo debe desaparecer de la sociedad

bolchevique: el hombre no es más que un elemento standard de una vasta organización: la obra arquitectónica debe componerse también de elementos standard. Basta de estilos locales o nacionales; la Arquitectura debe ser cosmopolita como el espíritu revolucionario". En Suiza, el señor Alex de Senger se presta... M. A. de S. considera... Y en Francia, el Director General de Bellas Artes, vuestro jefe supremo, el señor de Hauteœur, enseña en la Escuela de Bellas Artes y en el Louvre. El no ha tenido tiempo de leer los veinte volúmenes escritos en veinte años por aquél que sería tan útil matar, y editados por Crès, Plon, la N.R.F., o Denoël. Prefería tener sobre su mesa el pequeño libro del autor aturdido y del pequeño impresor de una pequeñísima ciudad de Suiza.

Indice

pág.	9	La palabra de hoy
	11	A los estudiantes de las escuelas de arquitectura
	13	El desorden
	20	Construir viviendas
	27	La Arquitectura
	51	Un taller de búsquedas
	59	"Si tuviese que enseñarles arquitectura"
	71	Notas